



No se trata, no, de la plaza de Gibraltar; y cuando se habla de ella se plantea muy mal la cuestión. Porque se dice: "¿Como quereis que reivindicemos a Gibraltar? ¿Lo vamos a reivindicar diplomáticamente, lo vamos a reivindicar por la fuerza?. No tenemos poder bastante para reivindicarle, y, diplomáticamente las negociaciones han fracasado."

La denuncia que hizo pública Don Juan Vázquez de Mella el 31 de mayo de 1915 no sirvió para nada en todo el nefasto período de usurpación del llamado Alfonso XIII, ni en el grotesca II República, ni en los largos años de la dictadura del General Franco, ni, por lo que se está viendo, en los "honrados y éticos" comienzos del gobierno Socialista, dentro de los cuales, por el contra-

rio, los liberales del Partido Reformista tico, con el visto bueno de toda la L Centro del parlamentarismo constituciona la izquierda marxista y socialdemócrata sentados por Don Antonio Garrigues Walque Don Joaquín Satrustegui, se ha reunido en ras, los días 16, 17 y 18 de marzo de é corre, para acordar con los ingleses repri dos por lord Mc.Nair (de la cámara de los Lores) que el diálogo que mantienen facilitará para la plaza de Gibraltar, la soberanía CONJUNTA hispano-británica, SOBRE EL TERRITORIO, en el que ambos, —Gran Bretaña y España— garanticen el AUTOGOBIERNO Y LA AUTONOMIA, así como TODOS LOS "DERECHOS" que actualmente disfruta la población, ADEMAS DE LA NACIONALIDAD BRITANICA.

La angustia del español viajero

Por Francisco Elías de Tejada

Los hijos de los pueblos que han hecho la historia, poseen el privilegio, tantas veces agrídulce privilegio, de sentir sobre sus espaldas el peso de la historia que los mayores fabricaran. Y de sentirlo apasionadamente cuando no se ha renunciado al ensueño de volver a labrarla el mejor día.

Lo que sucede es que la existencia de una Tradición viva en el viajero supone la afirmación de la personalidad y con ella el contraste con las personalidades de los otros. Cuando se es de veras, la distinción es inevitable; y en la medida en que se es de veras subráyase el contraste con mayor esfuerzo. Solamente los descastados, los que degeneraron de la sangre heroica de los héroes constructores de la Tradición que nos hace ser cuanto somos, saben amoldarse a lo extraño con admiraciones que concluyen en el envilecimiento.

En mis peregrinaciones por los anchos mundos extraños he conocido dos especies de españoles: los que al contacto con los otros abren el alma a sus módulos existenciales y arguyen de la admiración forastera la vergüenza de ser españoles; y los que en el roce aguzan los patrios bríos y salen más hispanos de la prueba de la contraposición.

Muchas veces he pensado que en ese dilema se encierra la entera historia de las Españas. Desde la lejana y remota de siglos a la inmediata de nuestros europeizadores de hogaño. Desde los que asesinaron a la monarquía tradicional deslumbrados por los éxitos del absolutismo francés a quienes nos han procurado regenerar con las fórmulas triunfantes en la Alemania nacionalsocialista, en el liberalismo londinense o en el bolchevismo eslavo. En las zonas de frontera del orbe hispánico, en Perpiñán, en Puerto Rico, en Malaca o en Cáller, yo he vivido la presencia de esta angustia que no comprendían los mismos que la sentían, pero que era la auténtica realidad que pre- juzgaba todas las actitudes vitales y todas las posturas políticas.

La política en las Españas es una hijuela, humilde hijuela resquebrajadiza, de esta condición previa nuestra: la angustia de ser hispanos. Porque hay que estar dentro del alma de los demás para entenderla, yo no sé si esta angustia es o no privilegio de las gentes nuestras o si las sienten los hijos de los demás pueblos. Sé, sí, que es el sentimiento característico de los nuestros y que engendra el hábito preciso de plantearnos siempre como cuestión previa la de la valoración de las esencias de las Españas.

Los papanatas de la imitación llevan ya la semilla de la traición intelectual en las entrañas. Los varones recios de la casta noble expresan sus decires con

voces tajantes de orgullo propio. Delante de una Europa tan distinta, Ortega y Gasset cafa de rodillas, mientras Miguel de Unamuno le sellaba para siempre con aquel su fenomenal epíteto de "papanatas europeizantes".

Dáse esa angustia porque los españoles hemos hecho una historia a contrapelo de las líneas generales de la humanidad; porque nos empeñamos en sujetar la historia a la metafísica y en guardar para Dios el trono donde pretendió sentarse el orgulloso hombre europeo a partir del Renacimiento. A medida que los progresos materiales parecieron dar la razón a los europeos, empezó a picarnos la desazón de no saber si estaríamos equivocados, de si era estúpida la pretensión de anteponer a las ventajas materiales la flor de unas verdades de seca teología. Como hubiera dicho don Marcelino, optamos por el credo en mengua del jenjibre o la canela, agarrados al madero de una tabla de verdades teológicas católicas que para las Españas ha sido el madero de la Cruz.

Los pobres de espíritu caen en el camino de la adversidad porque la juzgan permanente y acaban arrodillados ante las mezquindades del progreso material ganado por la técnica de los europeos. Los varones recios siguen puesta la fe en Dios y esperan la hora —ya alboreante— en que los resquemores de la inferioridad cedan el paso ante la tremenda verdad de que la técnica es el camino ciego por donde una humanidad ebria de materialismos marcha hacia los abismos de la autodestrucción. Dios vuelve delante de los ojos atónitos de unos europeos que se creyeron dioses; y vuelve para dar la razón a los firmes de credo, a los leales que no adoraron el becerro de oro de la técnica materialista, a los hispanos.

Por las tierras del ancho mundo he visto muchas veces el aleteo de esta esperanza española y en verla he cobrado la cuenta de las amarguras de los descastados que pretendían ser alemanes o que brindaban a la turba impía de los crucificadores de las Españas la carnaza vil de una mentirosa leyenda inquisitorial o de una malvada exaltación lascasiana. En el contraste con los otros, he visto la fortaleza de la postura española. Con don Miguel, el egregio don Miguel que buscó a tientas el carlismo sin darse cuenta que el carlismo era lo que requería su temperamento humano y su vibración españolísima, miles de ocasiones he escupido mi desprecio para los "papanatas europeizantes".

Hace pocos días mi andar de viajero me llevó a la isla tunecina de Djerba. La de la derrota de 1560. La ya difícil desde los primeros años del siglo XVI, cuando la canción narraba que "los Gelves,

madres - malos son de tomare". Dos castillos la guardan: el Castillo español y el Fuerte de Castilla. Un recuerdo la llena: la espada catalana de Roger de Lauria. Un dolor la hirió: la pirámide de las seis mil calaveras de los soldados del Duque de Medinaceli, levantada por la fiereza bárbara de Dragut. En aquellas tierras arenosas y fecundas, que la gracia del palmeral acerca a las huertas valencianas en verdura del paisaje, el viajero sintió como nunca el doble peso de su condición antieuropea y antiislámica, hijo de unas gentes que lidiaron por el Dios de

las Españas contra la herejía y contra el mahometismo. La angustia del español viajero era la verdadera ansia de quien sabe poseer la verdad, de quien cree en ella con fe inmovible, de quien espera la revancha secular y de quien anhela que el retorno de la capitana histórica sea obra de caridad para el bien universal de los humanos.

Los seis mil sacrificados de Djerba murieron un día con esta misma angustia que atenaza los pasos del español viajero de hoy.

MARTIRES

EL GENERAL "NO IMPORTA"



Por Juan Vázquez de Mella

Es la perseverancia la virtud del héroe, y la resignación en el infortunio la del mártir.

Constancia en el combate para no rendirse, y sublime paciencia en la desgracia para no ir por el camino de la desesperación a la locura o a la vileza, son grandezas del alma que brotan del sacrificio, fuente inexhausta de las bellezas morales. Y el sacrificio supone el imperio de la voluntad sobre las sollicitaciones de la concupiscencia y la idea luminosa del deber sojuzgando al entendimiento, y las dos cosas juntas una energía irresistible que hace de la vida un dilema entre el honor o la muerte.

La Iglesia con la Cruz, y la Monarquía con la Corona, grabaron en el alma de España ese activo concepto de la vida a que sirvió de firme apoyo la fortaleza nativa de la raza.

Por eso lo que en la historia de otras naciones es hermosa excepción, es el rasgo común de la nuestra, que no tiene más que dos páginas: heroísmo y martirio.

Ni la victoria colma nuestros anhelos, ni la desgracia rinde con la postración del desastre nuestras fuerzas. Hay una *vía* curativa en el organismo nacional que le hace salir ileso de los brazos mismos de la muerte. La fe, que por la creencia misma es la base de los caracteres varoniles, infundió en las generaciones creyentes este soplo inmortal que aún se descubre en las decrepitas, cuando la fiebre revolucionaria pasa y las falsas opiniones superpuestas artificialmente dejan, en los momentos de crisis, el carácter español con sus rasgos indelebles y castizos. En medio de la opulenta riqueza de variedades nacionales, el carácter común, sello persistente, formado en lucha secular con la Historia, brilla como la interna lazada espiritual que mantiene la solidaridad de los miembros de la Patria y de aquella soberana unidad que se manifiesta en los actos solemnes de su vida.

Guadaletes y Covadongas, Alarcos y las Navas, Lepantos y Trafalgares, resplandores del Tabor y tinieblas del Calvario, heroísmos sin término y martirios sin medida, constituyen la trama de una historia que parece guirnalda maravillosa, formada por el tiempo para ornar la sien de esta matrona augusta que se llama España, y que, aun postrada en miserables pajas, puede mostrar a los pueblos engreídos que un día fueron feudo suyo, en las cicatrices de su rostro, las señales que conserva de la cimitarra de los bárbaros y del sable de los pretorianos, pero no la marca afrentosa de los esclavos; que, paladín armado del derecho, ha salvado en una Cruzada, siete veces secular, la civilización universal del simoun de los desiertos africanos; y en las contiendas de este siglo, luchando cuerpo a cuerpo con la revolución, ha demostrado que será, en la nueva edad que ya comienza, la Covadonga de Europa.

Las naciones que marchan con rapidez por el plano inclinado de la desventura para dar en la catástrofe, restauran sus fuerzas lentamente, y sólo después de larga convalecencia y continuada quietud recobran la salud perdida. España, con sus inquebrantables energías, parece eximirse de esa ley que pesa sobre los destinos de los demás pueblos. Del abismo de la desgracia se alza súbitamente hasta alcanzar las cumbres del más excelso poderío.

La misma generación mísera y abatida en Enrique IV, triunfa y resplandece como el primer pueblo de la tierra con Isabel la Católica; Carlos II y Valenzuela son el prólogo de Felipe V y Alberoni; Carlos IV y Godoy preceden a la guerra de la Independencia; los pronunciamientos pretorianos que precipitan la pérdida de América, a las guerras heroicas, en que la antigua España azota el rostro de la revolución con las mismas cadenas que había puesto a traición en sus brazos vigorosos. Diríase que nuestro pueblo hace de la desgracia el escabel de la fortuna, y de la derrota el pedestal de la victoria.

Por eso, al conmemorar a nuestros mártires y a nuestros héroes, sería la mayor de las injusticias no celebrar la memoria del más grande de los héroes y los mártires, del que resume y condensa así toda nuestra historia y compendia en su nombre, que significa la firmeza del triunfo y el desprecio de la muerte, todos los rasgos de nuestro carácter, el sublime general NO IMPORTA, emblema de nuestra raza.

El joven Príncipe que después se llamó Carlos V, oponiendo a Napoleón, en el castillo de Marrac, el non possumus del honor en medio de la debilidad y la vileza de Carlos IV y Fernando VII, se yergue, al lado de los que cayeron en el Parque y entre los escombros de Zaragoza, como una de las figuras más hermosas, que el odio político ha tratado de cubrir con el velo del silencio, en ese cuadro portentoso que iluminan las descargas del 2 de mayo, las bombas de Gerona y las estrellas arrancadas al cielo de la victoria en Arapiles y Bailén.

Este noble caudillo, Godofredo de la moderna Cruzada dirigida por los nietos de San Luis contra los nuevos musulmanes, y sus sucesores el Conde de Montemolín y Carlos VII, forman, en este siglo de caracteres rebajados y voluntades enfermas, la escolta de honor del general NO IMPORTA.

Desde el héroe de Arquijas hasta los mártires de Abanto, en las ondas de ese río de sangre generosa que socava los muros del agrietado alcázar revolucionario, se oye, como un murmullo solemne que parece la voz de la Patria, el perpetuo NO IMPORTA español que nos recuerda el deber de no rendirnos nunca al infortunio y alzar altivos la frente en las horas de las grandes tristezas nacionales, recordando las magnificencias del pasado, para salir de las desgracias